

El apocalipsis de la Atlántida
Thomas Greanias



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2010, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2009, Thomas Greanias

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

De Edén salía un río que regaba el jardín... Y dijo Yahvé Dios: «¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal! Ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre». Y le echó Yahvé Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado. Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén querubines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino del árbol de la vida.

—Génesis 2, 10 y 3, 22-24

Sima de Calipso

Mar Jónico

Nada más echar el ancla del barco de pesca *Katrina*, justo encima del gran descubrimiento, Conrad Yeats se lo pensó mejor.

No solo porque odiara el agua. O porque hubiera casi cinco mil metros hasta el fondo en esa parte, la más profunda del mar Mediterráneo. O porque la tripulación griega creyera que aquellas aguas estaban malditas. Sino por las palabras de un antiguo secretario de Defensa de los Estados Unidos, que le había advertido que lo que él buscaba no existía o, si existía, más valía que lo olvidara. *Puede que haya llegado el momento de que dejes al pasado oxidarse en paz, hijo.*

Pero había llegado demasiado lejos como para darle la espalda a aquello. Iba a recuperar nada más y nada menos que una reliquia auténtica del mitológico continente perdido de la Atlántida. No estaba dispuesto a descansar sin descubrir primero qué era lo que todo el mundo se hallaba tan ansioso por enterrar solo porque amenazaba su perspectiva de futuro.

Conrad se echó el traje de neopreno negro por encima de los hombros y miró a Stavros, el encargado del equipo de buceo. El enorme y fortachón griego había sacado del agua el sonar de arrastre que un equipo de expertos en análisis de imágenes por sonar de barrido lateral, procedentes de un barco de exploración, había estado utilizando horas antes para localizar el objetivo. En ese momento Stavros estaba manipulando algo en el compresor de aire de Conrad.

—¿Has arreglado por fin esa cosa? —preguntó Conrad.

—Creo que sí —gruñó Stavros.

Conrad alzó la vista hacia la estrella Polar, la más brillante de la constelación de la Osa Mayor, y acto seguido contempló las aguas plateadas. La localización en la que se encontraban no aparecía en ninguna carta de navegación. La había descubierto gracias a poemas antiguos, a cuadernos de bitácora de distintas embarcaciones y a datos astronómicos que solo un astroarqueólogo como él podría haberse tomado en serio.

Y, sin embargo, no estaban solos.

En el horizonte se recortaba la silueta negra de un enorme yate. Para tratarse de un simple palacio del placer navegando por las islas Jónicas durante las vacaciones de Semana Santa, la embarcación de ciento ochenta metros contaba con una impresionante colección de sistemas de comunicación, un helicóptero y, por lo que Conrad podía divisar, incluso un par de sumergibles. Probablemente llevaba todo eso solo para alardear, pero aun así no le gustaba tener tan cerca a nadie con semejante armamento.

El plan de Conrad, no obstante, era marcharse de allí mucho antes de que saliera el sol.

—Necesito cuarenta minutos de aire en el fondo, más la vuelta —le dijo a Stavros.

Stavros arrojó al agua una pequeña boya atada a doscientos metros de cable.

—Si sigue al borde de la fosa, tal y como parece por las imágenes de la cámara del robot, tendrás suerte si logras estar veinte minutos en el fondo. Pero como se haya ido resbalando hacia la sima de Calipso, entonces te va a dar igual. El mismo barón de la Orden Negra te agarrará de una pierna y te arrastrará al infierno —le contestó Stavros que, acto seguido, se estremeció y se hizo la señal de la cruz sobre el corazón.

No era en absoluto necesario que un coro griego le recordara que aquellas eran las aguas predilectas de la tragedia. A la luz del día, la superficie del mar Jónico era una de las más serenas de toda Grecia; por eso era ideal para navegar en barco de vela. Además, el mar estaba repleto de zonas en las que resultaba fácil echar el ancla, de golfos seguros para los cruceros turísticos, los yates privados y ese tipo de embarcaciones. Sin embargo sus profundidades constituían una de las zonas sísmicas con más movimiento del mundo.

Allí, a cuatro mil ochocientos metros de la superficie, en el fondo de la fosa Helénica, aguardaba la vasta sima de Calipso. Era el punto en el que la placa tectónica africana chocaba con la euroasiática, formando una zona de subducción que tiraba de cualquier cosa que se encontrara cerca, llevándosela hacia abajo, hacia el magma de la tierra, bajo ambas placas. Podía tragarse incluso un continente, según creían algunos.

—Tú ocúpate del oxígeno, Stavros. Ya me encargo yo de la maldición de la sima de Calipso —contestó Conrad.

El arqueólogo se puso la mascarilla que le cubría toda la cabeza y saltó al agua desde la proa, con las aletas por delante.

Sintió que el agua fría lo envolvía nada más comenzar a seguir el cable de la boya anclada al fondo. Llevaba una potente linterna Newlite en la cabeza para iluminar las oscuras profundidades. A medio camino de bajada se encontró con un banco de delfines. Se apartaron como si fuesen una cortina, mostrándole la impresionante vista del legendario *Nausicaa*, posado sobre la base. Los cañones antiaéreos del submarino, de treinta y siete milímetros, apuntaban directamente hacia él.

El submarino alemán era tan impresionante como esperaba. Al fin y al cabo, había pertenecido a un general: el general de las ss Ludwig von Berg, el barón de la Orden Negra para sus amigos del Tercer Reich. Entre otras cosas, el barón había sido la cabeza rectora de la Ahnenerbe de Hitler; una organización de académicos y filósofos, además de guerreros y militares, enviados a recorrer toda la Tierra con el propósito de encontrar pruebas que demostraran que los arios eran los descendientes de los atlantes.

La misión había llevado al barón Von Berg nada menos que a la Antártida, donde décadas más tarde el padre de Conrad, el general de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos Griffin Yeats, había descubierto una base secreta de los nazis y unas ruinas antiguas sepultadas a tres mil doscientos metros bajo el hielo. Sin embargo, toda evidencia de esa civilización perdida, es decir, de la Atlántida, había quedado barrida por un seísmo que había acabado con la vida de su padre y que había hundido una placa de hielo del tamaño de California; placa que bien podría haber sido la causante del *tsunami* que tuvo lugar en el océano Índico en 2004, y que había matado a miles de personas en Indonesia.

Desde entonces Conrad se había afanado por buscar pruebas que demostraran que la civilización perdida de la Atlántida no era un sueño. Por suerte, las pistas que le había dejado su padre en su tumba en el cementerio de Arlington habían ayudado con eso y con mucho más. Conrad no había tardado en descubrir que Max Seavers, el sucesor de su padre como director de la DARPA, la agencia de Investigación y Desarrollo del Pentágono, había desarrollado un virus de la gripe gracias a la extracción del tejido congelado de los pulmones de los nazis muertos encontrados en la Antártida. Es más: pretendía usarlo como arma.

Todos esos descubrimientos, finalmente, habían llevado a Conrad hasta el misterioso barón Von Berg. Según ciertos documentos de la Segunda Guerra Mundial, clasificados como secretos por la inteligencia americana, la británica y la alemana, el submarino alemán del general de las ss, el *Nausicaa*, volvía de la base secreta de la Antártida cuando lo hundió la Marina Real Británica en 1943.

Conrad esperaba encontrar a bordo alguna reliquia de la Atlántida.

Se impulsó en el agua en dirección al submarino hundido. El *Nausicaa* yacía como una ballena con las tripas fuera, tumbado a lo largo del borde de la sima de Calipso, con la cola fragmentada y la sección delantera sobresaliendo por encima del abismo como si fuera un ataúd de metal.

Buceó hasta la boca abierta del fuselaje partido y examinó los bordes dentados. El torpedo británico que había hundido al *Nausicaa* se había llevado por delante toda la sala de motores eléctricos, pero no había sido una rotura limpia. Cualquier pequeña muesca podía rasgarle el tubo del aire y cortarle el suministro de oxígeno. Llamó por la radio integrada del casco de buceo.

—¿Stavros?

—Estoy aquí, jefe —contestó la voz del griego por el auricular de la radio, que emitió un buen número de crujidos.

—¿Qué tal va el compresor?

—Sigue contando, jefe.

Conrad entró en la sala de control de la sección delantera. Siguió buceando con los ojos bien abiertos, buscando esqueletos flotantes. No encontró ninguno. No había ni oficiales, ni timoneles, ni aviadores. Ni siquiera en la torreta del piloto. No había más que un compartimento vacío con tableros de instrumentos abandonados a babor y a estribor. ¿Acaso todos los marineros habían conseguido abandonar el barco antes de hundirse?

El camarote del capitán también estaba vacío. Solo había un fonógrafo con un disco abarquillado. Conrad pudo leer la etiqueta a punto de despegarse: *Die Valküre*. Justo antes de hundirse el submarino, Von Berg había estado escuchando *La cabalgata de las valquirias*.

Pero no quedaba ni rastro del barón Von Berg. Ni siquiera un maletín metálico de la *Kriegsmarine*. Quizá fuera cierta la leyenda, y Von Berg jamás llevara ningún papel encima. Él siempre decía: «Lo llevo todo en la cabeza».

Las esperanzas de Conrad de encontrar alguna pista se desvanecían deprisa.

Buceó por el pasillo, atestado de obstáculos, que iba de proa a popa, y pasó por delante de los compartimentos de los oficiales y de la cocina. Nada más atravesar la escotilla abierta hacia el compartimento donde se hallaban los torpedos, Conrad comenzó a sentir una espeluznante claustrofobia.

En un extremo había cuatro escotillas circulares: las de los tubos de los torpedos. Los manómetros de presión atmosférica, congelados en el tiempo, indicaban que el *Nausicaa* había disparado al menos tres torpedos y había vaciado los tubos para seguir disparando antes de que los ingleses lo hundieran. Solamente el tubo número cuatro estaba inundado. Evidentemente, el barón de la Orden Negra no se había rendido sin luchar.

Conrad se giró hacia los soportes donde se almacenaban las bombas y encontró algo largo que sobresalía. Apartó el cieno acumulado moviendo el agua con la mano. El objeto adquirió forma, y entonces se dio cuenta de que estaba contemplando una calavera humana con agujeros negros en el lugar de los ojos.

Las mandíbulas vacías parecían sonreírle desde sus misteriosas profundidades. El esqueleto tenía una placa de plata atornillada a un lado: el legado de una bala que le había atravesado la cabeza en Creta, según había podido averiguar Conrad por sus investigaciones.

«General de las ss Ludwig von Berg. Barón de la Orden Negra. Legítimo rey de Bavaria.» Eso era lo que decía un antiguo informe secreto de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos, que Conrad había robado.

Entonces notó una especie de ola dentro del agua. El *Nausicaa* pareció balancearse.

—¡Stavros! —gritó por radio.

No hubo respuesta.

De pronto, los agujeros negros de los ojos de la calavera del barón emitieron un brillo rojo, y el brazo del esqueleto se levantó flotando como si quisiera agarrarlo.

Conrad se echó hacia atrás y se apartó del esqueleto. Se figuró que no era más que el resultado del movimiento del agua, que le jugaba una mala pasada. Pero entonces se dio cuenta de que el brillo rojo provenía en realidad de algo que había detrás de la calavera. Verdaderamente, parecía como si el barón de la Orden Negra estuviera custodiando algo.

Con el corazón latiendo a toda velocidad, apartó más cieno y descubrió un extraño torpedo con la forma de un tiburón martillo. Lo alumbró y deslizó ambas manos por lustroso revestimiento que lo cubría.

No tenía ninguna marca, a excepción de un nombre en código impreso en el panel de acceso: *Flammenschwert*. Conrad lo tradujo con su rudimentario alemán. Debía significar algo así como «espada llameante» o «espada de fuego».

Recordó que Von Berg aseguraba haber desarrollado un arma con la que los nazis estaban convencidos de que ganarían la guerra: una tecnología incendiaria, supuestamente originaria de la Atlántida, que podía transformar el agua en fuego e incluso derretir un casquete de hielo.

¿Sería esa la reliquia que andaba buscando y que demostraría que la Atlántida estaba en la Antártida?

El misterioso brillo que salía del interior de la parte cónica del torpedo dibujaba la silueta cuadrada del panel de acceso como si se tratara de una luz

de neón. Pero aquello no era una simple luz. Era una luz que parecía consumir el agua alrededor del torpedo igual que el fuego consume oxígeno.

El indicador del dosímetro que Conrad llevaba encima no registraba radiación alguna, así que se atrevió a poner un dedo sobre la brillante ranura del panel de acceso. No se le quemó el guante, pero sintió inequívocamente el tirón. El torpedo succionaba el agua a su alrededor igual que un agujero negro.

Conrad notó otra ola en el agua y se giró. Vio a cuatro figuras con arpones entre las sombras. Entraban en la sala de torpedos.

Se dijo que debían de andar buscando el *Flammenschwert*. Pero prefería hundir el submarino antes que permitir que esa arma cayera en otras manos.

Alargó el brazo hacia las válvulas que servían para llenar los cuatro tubos de los torpedos y giró las manivelas. Consiguió llenar de agua tres de ellos. El submarino se inclinó hacia delante, hacia la sima de Calipso, llevándose con él a los submarinistas. El ruido que se produjo fue ensordecedor. Conrad respiró trabajosamente a través del casco, pateó con fuerza y comenzó a ascender. Buceaba como un loco para tratar de escapar de la sala de torpedos cuando un arpón hizo diana en su muslo.

Se agarró la pierna por el dolor. Tres de los buceadores lo rodearon. Conrad rompió el arpón y apuñaló en las tripas al buceador que le había disparado. El hombre se dobló sobre la nube de sangre que comenzó a salirle del traje de buceo. Sin embargo, otros dos lo agarraron y antes de que pudiera soltarse, un cuarto buceador, el jefe, se acercó, sacó una daga y le cortó el tubo del oxígeno.

Conrad observó atónito como las burbujas plateadas del aire del tubo se elevaban ante sus ojos igual que fuegos artificiales, dejándolo literalmente sin aliento.

Entonces volvió a ver la daga por segunda vez, en esa ocasión rompió el cristal de su mascarilla. El casco comenzó a llenársele de agua, pero Conrad no pudo evitar inhalar contra su voluntad. Toda su vida le pasó ante los ojos, borrosamente: su padre, el Griffter; su infancia en Washington D. C.; sus excavaciones por todo el mundo en busca de la «cultura madre» perdida de la Tierra, durante las cuales había conocido a Serena, con la que había estado en Sudamérica, y luego la Antártida...

Serena.

Sus labios trataron de repetir la oración que le había enseñado Serena, la última frase que había dicho Jesús: «A tus manos encomiendo mi espíritu». Pero las palabras se negaban a salir de su boca. Solo podía ver el rostro de ella, que enseguida comenzó a desvanecerse. Y luego, oscuridad.

Los anónimos buceadores se habían marchado cuando Conrad volvió a abrir los ojos. No respiraba, pero tampoco tenía los pulmones llenos de agua. En realidad sufría espasmos involuntarios de la laringe, espasmos que le impedían respirar. O salía a la superficie de inmediato o moriría asfixiado, en lugar de a causa del agua.

Miró a través del cristal roto de la mascarilla y vio la calavera del general de las ss Ludwig von Berg, que seguía sonriendo. Sus ojos ya no ardían. Tampoco estaba el torpedo *Flammenschwert*, que había desaparecido junto con las sombras de los buceadores. Sin embargo, sí se habían dejado algo: un explosivo C4 en forma de ladrillo con un panel digital, pegado junto al estuche abierto y vacío del torpedo.

Y en el panel se leía: 2.43... 2.42... 2.41...

Encima del explosivo C4 había una bola de metal con ese mismo brillo que había visto antes: parecía un ascua del infierno. Debían de haberla sacado del *Flammeschwert*, que probablemente contenía miles de esos perdigones de cobre dentro de su núcleo. Estaba claro que los muy bastardos iban a verificar si realmente funcionaba, haciendo detonar un solo diminuto perdigón que simularía, a pequeña escala, el poder del artefacto explosivo. Y de paso se lo llevaban a él por delante y destruían el *Nausicaa*.

Conrad reunió las pocas fuerzas que le quedaban y trató de salir de allí buceando, pero tenía la pierna atorada en alguna parte: se la sujetaba la mano esquelética del general de las ss Ludwig von Berg. El barón, por lo que parecía, quería arrastrarlo con él al infierno.

No podía soltarse. Según el reloj que llevaba la cuenta atrás no faltaba más que un minuto y treinta y tres segundos.

Tuvo que pensar rápidamente. Agarró la calavera del barón con las dos manos y la separó del resto del esqueleto. Metió los dedos por los agujeros de los ojos como si la calavera fuera una bola de bolera, bajó la mano hasta su pierna herida y enganchada, y golpeó con ella los huesos de los dedos del barón hasta romperlos.

Por fin estaba libre, pero tenía los dedos atascados dentro de la calavera en el momento en el que otra ola de agua zarandeó el *Nausicaa*.

Toda la sala de torpedos se volcó como una mesa coja; cieno y escombros pasaron por delante de él, rozándolo e inclinándolo aún más el submarino hacia el borde de la sima de Calipso. Conrad se dio con la espalda contra el soporte donde se almacenaban las bombas, y desde allí vio la escotilla del compartimento, y todo el pasillo de proa a popa, levantarse por encima de él como un enorme ascensor inalcanzable.

El *Nausicaa* estaba a punto de caer en la sima de Calipso. Apenas disponía de unos segundos. Conrad se situó debajo de la escotilla y se

obligó a resistir a la tentación de ceder al pánico. Se quedó más tieso que un palo, igual que un torpedo, con las manos arqueadas y juntas y la calavera sobre la cabeza. Entonces cerró los ojos y notó como todo se desplomaba a su alrededor.

Por un momento se sintió como un misil que saliera disparado de su silo, aunque él sabía que era el silo mismo el que se estaba hundiendo. Entonces por fin se liberó. Conrad bajó la vista hacia la sima de Calipso, que se tragaba el *Nausicaa* con el diminuto perdigón del *Flammenschwert* todavía en su interior.

La poderosa estela que creaba el submarino al hundirse empezó a tirar de él como si se tratara de un remolino. Conrad sabía que luchar contra eso era inútil: de un modo u otro la corriente se lo llevaría. En lugar de ello comenzó a hacer un movimiento largo con las piernas, como el de las tijeras, para cruzar la estela y bucear a lo largo del borde del cráter, interponiendo entre él y el abismo la mayor distancia posible. Notó que a sus espaldas se producía un destello, y de pronto el agua se calentó.

Conrad volvió la vista por encima del hombro, justo a tiempo de ver una enorme columna de fuego salir disparada desde las profundidades de la sima de Calipso. Un sonido similar al de un trueno resonó en medio del fondo marino. Súbitamente, las llamas se avivaron y parecieron adquirir la forma de un dragón que volara por el agua en su dirección. Conrad comenzó a nadar lo más deprisa que pudo.

Un minuto después salió a la superficie en medio de la tenue luz previa al amanecer. Aún trataba de respirar. Por fin, justo cuando estaba a punto de desmayarse para siempre, se le abrió la laringe y expulsó algo de agua del estómago al mismo tiempo que trataba desesperadamente de inhalar el aire salado.

El estertor que salió de su garganta le pareció idéntico al sonido del motor de un reactor. Sin duda, el hecho de haber subido a la superficie tan deprisa debía de haberle producido algún tipo de embolia pulmonar. Tomó unas cuantas bocanadas de aire e intentó despejarse la cabeza. Examinó el horizonte en busca de su barca. Pero no estaba. La silueta del enorme yate se dibujaba en la distancia, con sus distintas cubiertas amontonadas la una encima de la otra como lingotes de oro, resplandecientes a la luz de sol naciente, alejándose.

El mar estaba repleto de escombros flotando a su alrededor: los restos de su barca, probablemente. *Pobre Stavros*, se dijo. Nadó hacia una tabla de madera rota para utilizarla como apoyo para flotar. Pero al llegar se dio cuenta de que no era en absoluto una tabla de madera. Era el cuerpo carbonizado de un delfín, chamuscado hasta la médula.

Entonces comprendió la verdadera y horripilante naturaleza del *Flammenschwert*.

Funciona. Convierte realmente el agua en fuego.

Conrad se quedó mirando la cabeza y los dientes carbonizados del delfín. Sintió que le subía la acidez del estómago hasta la garganta y apartó la vista. Todo a su alrededor eran delfines incinerados, flotando como pedazos de madera en medio de un mar de muerte.

Bóveda Global de Semillas de Svalbard.

Isla de Spitsbergen. Círculo Ártico.

La hermana Serena Serghetti recorría el largo túnel excavado en la montaña ártica apretando contra su pecho la caja metálica que contenía las semillas de arroz africano. Las luces fluorescentes la iluminaban de forma intermitente, conforme iba pasando por debajo de los detectores de movimiento encastrados en el techo. Tras ella, los niños del coro de una escuela noruega sostenían velas que emitían luces vibrantes en medio de la oscuridad y cantaban la canción *Duerme, pequeña plántula*.

Sus voces angelicales sonaban fuertes en medio del aire congelado, pensó Serena, sobrecargadas quizá por las gruesas paredes de hormigón reforzado de un metro de ancho del túnel. O quizá fuera su corazón el que le pesara.

La bóveda del fin del mundo, como había sido llamada desde el mismo día en que la inauguraron en el año 2008, albergaba más de dos millones de semillas que representaban a otras tantas variedades de cultivos de tierra. Con el tiempo llegaría a albergar una colección de cientos de millones de semillas de más de ciento cuarenta países. Y todas esas semillas se quedarían almacenadas allí, en aquella remota isla cercana al Polo Norte. La bóveda se había construido con la intención de salvaguardar el suministro alimenticio del mundo aun en el caso de una guerra nuclear, de cambio climático, de terrorismo, de elevación del nivel del mar, de terremotos o del consiguiente colapso de la capacidad del hombre para producir alimentos. Si ocurría lo peor, la bóveda permitiría al mundo relanzar la agricultura en todo el planeta.

Pero en ese momento la bóveda misma estaba en peligro. Debido al calentamiento global, ambos casquetes polares habían encogido y ello había suscitado una carrera por el petróleo en el Ártico. Era la próxima Arabia Saudí, si es que alguien podía encontrar el modo de extraer y transportar todo aquel petróleo a través de un mar de hielo. Años antes, los rusos incluso habían plantado una bandera cuatro mil metros por debajo del témpano para reclamar como suyas las reservas de petróleo enterradas en ese lugar. Y Serena se temía que en ese momento se preparaban para empezar a colocar las minas.

La monja atravesó dos cámaras estancas separadas por puertas y entró en la bóveda propiamente dicha. Tuvo que parpadear ante el brillo los focos de las cámaras de televisión. El primer ministro noruego estaba allí, por alguna parte, junto con una delegación de la ONU.

Serena se arrodilló ante las cámaras y rezó en silencio por todas las personas del planeta. Pero era consciente de los *clics* de los obturadores de las cámaras y del sonido que hacían los fotógrafos al arrastrar las botas, buscando la mejor foto de ella.

Serena se preguntó qué había sido de eso que le había enseñado Jesús, de que había que buscar un lugar discreto en el que rezar, sintiéndose incapaz de deshacerse de cierto sentimiento de culpabilidad. ¿De verdad necesitaba el mundo ver a la Madre Tierra rezando en actitud piadosa en alta definición las veinticuatro horas del día, siete días a la semana? Como si las oraciones de la más importante lingüista del Vaticano, la zarina del medioambiente, contaran más que las de aquellos humildes y anónimos trabajadores del campo, cuyas manos habían extraído de la tierra las semillas que ella sostenía.

Pero aquella era una causa más importante que ella misma y que su atormentada alma de treinta y tres años, se recordó en silencio. Y su propósito oficial allí ese día era concentrar toda la atención mundial en el futuro del planeta.

Nada más arrodillarse, aferrada con fuerza a la caja de semillas, le sobrevino un sentimiento de pavor. El sentido de la bóveda, la razón por la que se había construido era el fin de los tiempos, que, según profetizaba la Biblia, estaba cerca. Serena escuchó las palabras del profeta Isaías como un susurro en su oído: «Dios es el único Dios. Él atraerá a toda la gente hacia sí para que vean su gloria. Él terminará con este mundo. Y juzgará a aquellos que lo rechacen».

No eran precisamente las palabras que deseaba oír una audiencia televisiva.

La carcomía un persistente sentimiento de hipocresía ante su actitud pública. La idea, que le resultaba de lo más perturbadora, comenzó a hervir

en su cabeza a pesar de que no habría podido siquiera explicarla con palabras. La desazón comenzó a tomar forma con unos mensajes que recordaba de Jesús: «Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja ahí tu presente y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano y entonces ven y ofrece tu presente».

No comprendía. Había mucha gente enfadada con ella en el Vaticano: por ser mujer, por ser guapa, por atraer la atención de las cámaras allí donde fuera. Y todo eso solo dentro de la Iglesia. Luego, fuera, estaban las empresas de petróleo y las de gas a las que ella hacía reproches, o los comerciantes de diamantes y los explotadores de niños.

Pero no era a ellos a los que se referían las palabras de Dios.

Conrad Yeats.

Luchó por hacer desaparecer la imagen del rostro de Conrad de su mente. Apretó más las rodillas contra el suelo de cemento y sintió un débil temblor.

¿Ese sinvergüenza, ese mentiroso, ese tramposo, ese ladrón...? ¿Qué puede tener él en mi contra, aparte del hecho de que no he accedido a acostarme con él?

Pero no podía quitarse la imagen de su rostro de la cabeza: la bella imagen de su rostro sin afeitarse. Ni podía olvidar cómo habían acabado las cosas entre ambos en Washington D. C. unos cuantos años atrás, al marcharse después de que él le salvara la vida. Serena le había prometido abandonar la Iglesia y quedarse con él para siempre. Pero, en lugar de eso, se había marchado robándole algo de incalculable valor tanto para él como para el gobierno de los Estados Unidos; dejándolo solo y sin nada.

Pero, Señor, Tú sabes que lo he hecho en nombre de un bien más alto, además de por el bien del propio Conrad.

Continúa en *El apocalipsis de la Atlántida*